

SHAUN RIORDAN

China, una visión personal

Este artículo no pretende ser un análisis experto de la situación en China, tampoco es muestra de la opinión británica, pública u oficial, al respecto. Sólo es una reflexión personal, fruto de los cuatro años que residí en Pekín.

Cuando llegué a Pekín, me advirtieron que no iba a descubrir nada nuevo sobre China; y que hay tantas visiones de China, como personas interesadas por este país. De hecho, este es el síntoma del problema que dificulta cualquier análisis sobre China: la visión que tenemos de ese país nos llega distorsionada por nuestros prejuicios.

Ejemplo de esto fue el análisis que se hizo de los sucesos de Tiannamen. La información distorsionada y los prejuicios aparecieron desde el primer momento. En contra de las afirmaciones de la prensa internacional, las manifestaciones no surgieron, inicialmente, para reclamar la democracia y la reforma política, sino para denunciar las condiciones de vida de los estudiantes y la corrupción imperante. Los habituales disidentes prodemocráticos chinos apenas tuvieron contacto con los estudiantes y, hasta el final del movimiento, no los tuvieron en consideración. Esa contaminación, causada por nuestros anhelos encontró también expresión en nuestro empeño por interpretar esas revueltas estudiantiles como manifestaciones espontáneas de la voluntad del pueblo, ignorando la evidente manipulación que tenía lugar entre bastidores y la conexión que existía entre la protesta estudiantil y la lucha por el poder que se desarrollaba en el seno de los círculos superiores del Partido Comunista Chino. Tendríamos que haber sido más perspicaces: el enigmático Bao Tond, secretario particular de Zhao Ziyang, acudió con frecuencia a la Plaza de Tiannamen. Incluso con anterioridad, el sorprendente conjunto de documentos internos del partido que circularon ampliamente entre los estudiantes no pudieron haberlo sustraído los estudiantes de los despachos de sus padres, miembros de la *intelligentsia* del partido, Zhao Ziyang había decidido manipular las manifestaciones estudiantiles en un intento desesperado de relanzar su carrera política, que se marchitaba tras haber sido acusado de incompetencia económica, corrupción y arrogancia.

Por ello, tal vez fue inevitable que esa percepción voluntariamente falseada por los observadores alcanzase a la represión gubernamental. La mentalidad occidental, en parte, aunque de forma inconsciente, casi deseaba que se

Shaun Riordan es miembro del Cuerpo Diplomático británico y jefe de la Sección de Política en la Embajada de Gran Bretaña en Madrid. Desempeñó cargos diplomáticos en China de 1988 a 1991.

produjera una respuesta represiva brutal y decidida de un régimen político despiadado frente a las inocentes manifestaciones estudiantiles. Este elemento de perversidad, presente en nuestra actitud hacia China, se reforzó por la declaración de la ley marcial y la subsiguiente satanización de Li Peng. A su vez, la prensa occidental animó a los estudiantes a que pusiesen en práctica las fantasías de aquellos; lo que culminó en la creación de la *Diosa de la Democracia*, un concepto ridículamente ajeno a lo chino. Cuando se produjo la reacción gubernamental, nos apresuramos a condenar la decisión consciente y despiadada de los veteranos del régimen de disparar y avanzar contra los manifestantes en Zhongnanhai. De esa forma no sólo se deformaba la realidad sino que, al mismo tiempo, se ignoraba el elemento central de estos acontecimientos.

En primer lugar, se plantean dudas sobre hasta qué punto la multitud que se reunió aquella noche, y que recuerdo con claridad, estaba integrada por manifestantes prodemocráticos. Los estudiantes eran escasos y, en su mayor parte, estaban concentrados en la Plaza de Tiananmen propiamente dicha. En las calles próximas, en especial al sur y al oeste de la zona, lo que predominaba eran grupos de jóvenes armados con bates de béisbol, cócteles molotov y otras armas que habían improvisado. El estado de ánimo reinante en la multitud se había ido enrareciendo a medida que transcurría el día, y se encendió aún más tras los desacertados y torpes intentos del ejército de restaurar cierto orden. Durante la mayor parte de la tarde, grupos de jóvenes lanzaron ladrillos y piedras en Zhongnanhai. Cuando el ejército intentó acceder a la ciudad por el oeste, se encontraron con una multitud enfurecida que les cortaba el paso lanzando piedras y cócteles molotov. Cuando las cargas con porra y los gases lacrimógenos no lograron que se despejase la avenida, se optó por abrir fuego.

¿Se trató de una matanza deliberada? En opinión de algunos, fue el resultado de un cúmulo de provocaciones registradas a lo largo de los días anteriores y que perseguían encender el ánimo de la multitud hasta el punto de justificar el uso de la fuerza. Como suele ocurrir con las teorías conspiratorias, no sólo se carece de pruebas reales, sino que ni siquiera se dispone de indicios de que las autoridades chinas poseyeran la capacidad necesaria para planear y poner en práctica una operación de esas características. Por el contrario, todas las pruebas revelan desorden y desorganización en los cuadros superiores del partido y del Estado. Y es eso lo que pasamos por alto en su momento. Durante todo el período de vigencia de la ley marcial, Deng Xiaoping debió esforzarse en mantener la alianza entre el partido y el ejército y lograr que se adoptase una línea dura de restauración de la disciplina. El comandante del ejército responsable de Pekín occidental esa noche, lejos de obedecer órdenes predeterminadas, solicitó repetidas veces a sus superiores, incluido el propio Den, que se le autorizase a abrir fuego. E incluso en esos momentos, el ejército no se lanzó a aplastar las manifestaciones o a disparar contra civiles. La mayoría de los soldados —irónicamente, eso fue lo que se difundió en las televisiones de Occidente pero nadie pareció percatarse de ello— disparaban al aire. No fue una matanza, sino un caos.

Las autoridades chinas evaluaron erróneamente el clima reinante entre la multitud pekinesa, que, en lugar de salir huyendo al divisar las armas, se entregó a la defensa de cada una de las barricadas que se habían levantado. Un ejército de campesinos, encendido por la propaganda que anunciaba la toma de Pekín por contrarrevolucionarios, y sin experiencia alguna en el control de multitudes, y mucho menos de combate urbano, se vio invadido por el pánico. La vieja guardia lanzó a las tropas a la calle convencida de que, si no recuperaban el control de la situación, iban a perder la unidad del partido y el país mismo. La masacre que se produjo a continuación fue más el resultado de los errores cometidos que de una conspiración.

Cuando se recibieron las noticias de la matanza, de nuevo deseamos los occidentales que fuera una masacre de estudiantes. Recuerdo haber buscado con vehemencia pruebas de que hubiera sido así, pero no existía ninguna. Si bien es posible que se matara a personas en los alrededores de la plaza, no hubo matanza alguna en esta última. Las informaciones que apuntaban a incidentes en otros puntos de la ciudad no pudieron confirmarse con pruebas. Así, la supuesta matanza de estudiantes cerca del pabellón de conciertos no dejó tras de sí marcas de impacto de bala en los muros, ni señales, una semana más tarde, de la posible labor de los albañiles. El balance real era, por supuesto, suficientemente negro: cerca de un millar de víctimas, entre ellas alrededor de 30 ó 40 soldados, muertos en un espacio de tiempo de dos a tres días. Pero no se ajustaban esos hechos a lo que nos habíamos hecho creer a nosotros mismos. No se correspondía con nuestra mitificación de lo sucedido. No obstante, la BBC sigue hablando de la matanza de entre 3.000 y 4.000 estudiantes en la Plaza de Tiananmen.

Esa proyección de nuestros propios deseos no terminó con la matanza. Lo moralmente justo era que los culpables pagasen por lo que había sucedido y el análisis de los acontecimientos rápidamente adoptó tintes morales: el Partido Comunista había dejado de gozar del apoyo de los ciudadanos; el ejército había perdido toda credibilidad y su unidad interna, y pronto se descompondría; y el régimen se hundiría de forma irremediable. Los chinos que sabían lo que había sucedido estarían tan desencantados con su propio gobierno y el Partido Comunista que querrían que ambos abandonasen tan pronto como fuera posible.

Sin embargo, una vez más la realidad era bien distinta. Recuerdo mi propia decepción cuando todos y cada uno de mis contactos, muchos de los cuales habían participado en las manifestaciones, se negaron a condenar al gobierno chino sin antes efectuar ciertas matizaciones, incluso en situaciones en las que el hacerlo no suponía riesgo alguno. Expresaron su desacuerdo, claro está, con las medidas de fuerza de las autoridades, pero también criticaron la irresponsabilidad de los estudiantes, que no habían sabido reconocer el momento en el que hubiera sido sensato abandonar la plaza, y se habían dejado influir por los periodistas occidentales, además de haber puesto en peligro la estabilidad del país. Esas manifestaciones no eran un mero reflejo de la propaganda del régimen: la preocupación máxima de cualquier chino es la estabilidad política y económica. Es algo que no debería sorprendernos en

*La masacre
que se
produjo a
continuación
fue más el
resultado de
los errores
cometidos
que de una
conspiración.*

La clase dirigente china había estado al borde de la desintegración.

un país con una historia tan virulentamente anárquica a lo largo de los últimos doscientos años. Por ello, y en comparación, la gestión de Deng Xiaoping había sido positiva, pues el período posterior a 1979 representaba la fase de estabilidad de mayor duración y prosperidad desde el emperador Oianlon. Y los estudiantes habían puesto en peligro esa estabilidad.

Mis contactos chinos habían comprendido lo que nosotros no fuimos capaces de apreciar: la clase dirigente china había estado al borde de la desintegración. Mientras nosotros nos escandalizábamos por el sanguinario aplastamiento de los manifestantes, los chinos sabían que la incomparecencia de Deng tras la masacre delataba una profunda crisis que el dirigente chino no resolvería hasta cuatro días más tarde. Los dirigentes no sólo no se felicitaban por la matanza, sino que se hallaban consternados ante la gravedad de lo ocurrido y se habían enzarzado en discusiones internas sobre quién tendría que responsabilizarse. Deng logró convencerles de que era preciso asumir su responsabilidad por la matanza y hacer frente a las consecuencias. El terror que siguió aparecía, a ojos de la mayoría de los chinos —incluidos estudiantes y políticos—, irreal, teatral. La inmensa mayoría de los que fueron ejecutados, encarcelados o maltratados (las televisiones mostraron imágenes de las consecuencias de esos apaleamientos) eran desempleados y comerciantes del mercado negro. Algunos estudiantes se vieron afectados (el más conocido de ellos fue Wong Dan), pero en su mayor parte no sufrieron represalias y se permitió a los cabecillas que partieran hacia el exilio. En el plazo de un año, la reforma económica recuperó su ritmo.

El estado chino no pereció y no ha dado señales de que vaya a hacerlo en un futuro inmediato. Ningún ciudadano chino desea que tal colapso se produzca, conscientes como son de las guerras civiles que suceden, de modo inevitable, a los cambios dinásticos en la historia china. Puede que el Partido carezca de ideología alguna y de la capacidad para motivar y movilizar a la nación china. Es posible que la credibilidad que pudo haber conservado tras la muerte de Mao haya sucumbido a los embates de la corrupción y, claro está, de Tiananmen. Pero, como dice un proverbio chino, los ciempiés muertos no tropiezan.

A mediados de mayo de 1989 me encontraba en la avenida Chang'an, detrás de dos ancianos que contemplaban el discurrir de un grupo de estudiantes que portaban pancartas. La lluvia, que había estado cayendo de forma continua, cobró mayor fuerza. Los estudiantes miraron al cielo y comenzaron a cantar la Internacional Socialista en el mismo instante en el que un rayo recorría el cielo de Pekín de un extremo a otro de la ciudad. Uno de los ancianos, volviéndose al otro, proclamó: "Designio de los Cielos". Le pregunté a mi acompañante, un investigador de la Academia China de Ciencias Sociales, si esto significaba que el Partido había perdido la autoridad para gobernar y que se hundiría en breve. me respondió con un "sí y no", pues las dinastías solían perder su derecho a gobernar (según la interpretación, claro está, de historiadores posteriores) muchos antes de su caída. Sospecho que esto se podría aplicar al Partido Comunista Chino. Mientras el mismo pueda continuar manteniendo la estabilidad económica y política y el nivel de vida

prosiga en su ascenso, la gran mayoría de los chinos seguirá, al menos, aceptándolo. La amenaza más grave a la que se enfrentan el gobierno chino y la unidad del país no procede de las demandas internas de reforma política, sino de las cada vez mayores tensiones entre las ricas provincias costeras y un interior que se empobrece gradualmente. Irónicamente, pudiera ser que el Partido Comunista Chino se convierta en el primer partido comunista que es desalojado del poder por ausencia de planificación centralizada.

Este artículo, en cuyo sustrato están mis recuerdos personales, ha adoptado una coloración anecdótica y desestructurada. Mi propósito no ha sido criticar la actuación de la prensa ya que los errores que he descrito los cometimos todos, diplomáticos, informadores y comentaristas por igual. Mi preocupación reside en que, si continuamos permitiendo que nuestros deseos se proyecten sobre nuestra interpretación de China y nuestra política hacia esa nación, volveremos a equivocarnos, y esos errores podrían tener consecuencias más anárquica y sin control del estado chino. No defiendo un relativismo moral o un trato de favor para China por razón de sus diferencias (el "Síndrome de los Amantes de China"). Bien al contrario, desearía comprobar que se adopta una postura más clara y coherente en la política hacia China, una política con objetivos a largo plazo bien definidos. No es preciso decantarse por la defensa de los derechos humanos o la protección de los intereses comerciales, pues no son posiciones excluyentes. No obstante, debemos asegurarnos de que nuestros objetivos son coherentes y de que nos mantenemos fieles a ellos —ninguno de esos dos criterios ha sido un rasgo característico de la política occidental de las últimas dos décadas—. hemos de garantizar, además, que nuestros fines, y la estrategia para alcanzarlos, se basen en una comprensión más objetiva de China y de la percepción que este país tiene de sí mismo, y no en cómo desearíamos que el mismo fuera.

*No es preciso
decantarse
por la defensa
de los
derechos
humanos o la
protección de
los intereses
comerciales,
pues no son
posiciones
excluyentes.*